

# la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
DIRIGIDA POR  
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

## D. AGUSTIN MORETO

Escasas son las noticias acerca de este notable escritor, que brilló en el siglo de oro de nuestro teatro, y sólo se tienen reunidas algunas que puedan dar una idea de su biografía, por las que se sabe que fué hijo de don Agustín y Doña Violante Cavanna, vecinos de Madrid, y que en 1657 fué nombrado rector del Refugio, según se refiere en el párrafo 2132 de la *Cronica* del cardenal don Raltasar Moscoso, escrita por F. Antonio de Jesús María, é impresa en Madrid en 1680.—«2132. Por cuidar de él



D. Agustin Moreto.

nombró á D. Agustin Moreto, capellan suyo, rector (del hospital del Refugio): hombre muy conocido por su festiva agudeza, que renunciando los aplausos que merecidamente le daban los teatros, consagró su pluma á las alabanzas divinas, convertido el entusiasmo ó furor poético en espíritu de devoción; y para que su asistencia fuese continua le dispuso posada en el mismo hospital.»

Murió en Toledo en la misma casa que aún se conserva, siendo la habitacion del rector de la Universidad, en 28 de Octubre de 1669; pero fué enterra-



do en la parroquia de San Juan Bautista por disposición de su hermano D. Julian y del licenciado Francisco Carrasco Marin, cura de la expresada parroquia, que fueron sus albaceas. Se cree por algunos eruditos que nació en Valencia, y que su madre debió ser cómica.

Las noticias de su vida alcanzan sólo á 1657. Era el favorito del cardenal Moscoso, en cuya casa estaba, y en ella conoció á Lope de Vega, Calderon, Quevedo y los demás poetas contemporáneos que se reunían en la habitación de Valdivieso, poeta, su familiar. El cardenal los protegía á todos y los ordenó.

Moreto ha dejado en sus comedias una prueba imperecedera de un notable ingenio, y entre ellas distingüense muy especialmente *El desden con el desden*, *El rico-hombre de Alcalá* y *El lindo Don Diego*.

## HISTORIA NATURAL.

### CLASE 3ª REPTILES.

(Continuación)(1)

Además de la serpiente de cascabel, se conocen en los ofídeos otros notables, como el áspid y la víbora, tan pequeña como peligrosa. Entre las no venenosas la boa, que es colosal y de fuerzas tan portentosas, que acomete al hombre y á los animales de mayor tamaño, y los ciñe y aprieta de tal manera con sus anillos vigorosos que los reduce á una informe masa; la serpiente piton, que se halla en la India, de grandes dimensiones también, cuyo nombre recuerda la fábula mitológica que atribuye á Apolo, después del diluvio, la muerte de la serpiente Piton, que había sido engendrada del barro, y assolaba los campos, sirviendo su piel para cubrir la tripupe donde se sentaba á pronunciar oráculos la sibila, que se llamaba por lo mismo Pitomisa. La culebra común, de piel escamosa, con varios matices y completamente inofensiva, aun-

que temida generalmente por el vulgo, y pertenece al mismo grupo, como la culebra de agua que en ella habita, alimentándose de peces.

Es general en todos los ofídeos, además de las particularidades que dejamos apuntadas, el mudar anualmente la piel, el tener una vista que fascina y atrae á sus víctimas, y el permanecer durante un largo espacio en un estado de sopor ó sueño, durante la digestión. El último orden de la clase de los reptiles, ó sea el cuarto, es el de los batráceos, así llamados de la palabra griega batracos, que significa rana. Tienen la especial condición de ser anfíbios y respirar en el primer período de su vida por branquias y después por los pulmones.

Distingüense en este orden el renacuajo, que en el segundo período de su vida se convierte en rana, bien conocida y abundante en nuestro suelo, y de canto tan desagradable y monótono; la salamandra, á quien se atribuye sin fundamento la propiedad de poder vivir en el fuego; el kikkon (que es ovíparo), y deposita sus huevos en las hojas de las plantas acuáticas; el escuerzo ó sapo, de aspecto feo y repugnante, y considerado como venenoso.

Con estos cuatro órdenes termina la Clase 3ª Reptiles, y comenzaremos en el inmediato artículo á ocuparnos de los peces, signos verdaderamente de estudio, con sus extrañas particularidades, como respirar dentro del agua el aire en ella disuelto, por medio de sus branquias ó agallas, el tener sangre fría, y su especial configuración, que creada por el sublime Autor de la Naturaleza para vivir siempre dentro del agua, reúne las condiciones todas para la más fácil natación, poseyendo una vejiga llena de ciertos gases, que

(1) Véase la pág. 34.



*comprimida o dilatada hace que el pez suba o baje en el agua, y estando provisto de las aletas que con tanta flexibilidad reman, y la cola, que, girando también, es el timon más perfecto y rápido para tomar y variar el rumbo. Es curiosa también y admirable la disposición de sus examas, y la extraordinaria faundidad, pues según algunos reputados naturalistas, el abadigo pone más de dos millones de huevos.*

*De la misma manera que las aves de paso emigran á distintos climas, en determinadas épocas del año, los peces con notable instinto tienen también sus épocas fijas en que se trasladan de unos mares á otros.*

(Continuará.)

## EL TEATRO DE LOS NIÑOS

Después que, como dijimos en la pág. 69 del tomo I, se verificó en casa de Carlos la comedia que arregló su abuelito, el éxito que obtuvo hizo pensar á muchos niños en repetirla en su casa, y al saber que había visto la luz pública en LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA, acudieron á buscarla, y fueron tantos los pedidos, que es muy probable se haga una edicion aparte para mayor comodidad de los actores y apuntador.

El abuelo de Carlos es incansable, y sabemos que está preparando otra nueva, esperando que como la anterior nos la remitirá para su publicacion.

Entre tanto, siguen haciendo charadas representadas, y á continuacion ponemos la última que se ha verificado el domingo de Carnaval:

### CUADRO PRIMERO.

*Un salon elegante; varias niñas con velo o sombrero.*

Niña 1.<sup>a</sup>—Hace cerca de una hora que esperamos, y yo estoy volada, porque he dejado solos á mis niños.

Niña 2.<sup>a</sup>—¿Tiene V. muchos?

Niña 1.<sup>a</sup>—Muchos, señora, ¡cinco! y el mayor de nueve años. Ahora vengo á ver á S. M., por si logro una

pension para que estudie en los Escolapios.

Niña 2.<sup>a</sup>—Tambien yo vengo á pedir.

Niña 3.<sup>a</sup>—Y yo: sobre poco más ó menos todas vendremos á lo mismo.

Niña 2.<sup>a</sup>—Yo vengo á ver si vuelven á colocar á mi esposo, que está cesante hace un año.

Niña 3.<sup>a</sup>—Yo porque me niegan la viudedad.

Niña 1.<sup>a</sup>—¿Su esposo de V. era militar?

Niña 3.<sup>a</sup>—Sí, señora, sargento de civiles...

Niña 2.<sup>a</sup>—Entonces no sé si tendrá usted derecho.

Niña 3.<sup>a</sup>—Desengañese V.; si la Reina quisiera protegerme.

Niña 1.<sup>a</sup>—La socorrería á V., pero en cuanto al derecho...

Niña 2.<sup>a</sup>—¡Es claro...!

Una niña vestida con lujo, llevando una banda, aparece en la puerta, y dice:

—Señoras, siento mucho que esperen ustedes; pero S. M. la Reina no ha podido recibir hasta ahora...

Niña 1.<sup>a</sup>—¿Quién es esta señora?

Niña 3.<sup>a</sup>—(La contesta al oído.)

Niña 2.<sup>a</sup>—Se adelanta, y dice al público

TERCERA Y PRIMERA.

### CUADRO II.

Todos los niños permanecen ocultos y guardando el más absoluto silencio, durante algunos minutos, y después levantando la voz uno de ellos, dice al público

SEGUNDA Y TERCERA.

### CUADRO III.

*Varios niños y niñas. La escena se supone en el campo.*

Niña 1.<sup>a</sup>—Aquí podemos sentarnos.

Niño 1.<sup>o</sup>—Venía pensando en lo mismo; ¿quereis que tomemos leche?

Niña 2.<sup>a</sup>—Como tú quieras.

Niña 3.<sup>a</sup>—¡Ay, sí, sí!

Niño 2.<sup>o</sup>—¡Pastor! ¡eh! Pastor, tráiganos usted leche, que aquí será pura y buena.

Niño 3.<sup>o</sup> (Pastor).—Ya lo creo, señoritos, es muy rica, ¡y sin compostura ni mejunjes!

Niña 3.<sup>a</sup>—Ay, mira, mamá, qué bonita es aquella oveja, y mira qué corde-



rito más chiquitin lleva el hombre.

Pastor.—¡Este ha nacido hoy!

Niña 3.<sup>a</sup>—Anda, ¡y qué grande está ya!

Niña 1.<sup>a</sup>—Mira, mira cómo va la madre detrás del pastor, sin dejarle, porque lleva su hijito.

Niño 1.<sup>o</sup>—Hasta en los animales es hermoso y grande el cariño maternal.

Niña 3.<sup>a</sup>—Mamá, ¿para qué son aquellas redes?

Niño 1.<sup>o</sup>—Eso es el redil donde las guardan de noche.

Niña 1.<sup>a</sup>—Se adelanta, y dice

EL TODO.

(La solución en el próximo número.)

C.

## EL JÓVEN MISTERIOSO

En el pintoresco pueblo de C. se encuentra lindando con el campo, y allado del camino, una preciosa casa de recreo, que por



Historia natural.

la elegancia y el gusto de su construcción contrasta de un modo notable con las humildes viviendas de los vecinos. Fué mandada edificar por un aristócrata que solía pasar en ella algunos días en el verano, y que arruinado por sus gastos desmedidos, se vió obligado á venderla, comprándola un caballero, que al retirarse de los negocios la escogió por tranquila morada para el resto de sus días.

Tenia este caballero dos hijas, Laura y María, sumamente parecidas físicamente, pero muy distintas en sus aficiones y manera de pensar. Era María alegre y sencilla, y con cualquier cosa se creía feliz, por

lo que en la cómoda existencia que allí les proporcionaba la desahogada posición de su padre, jamás envidiaba los encantos de la vida de la corte. Su hermana Laura, de muy buen fondo é incapaz de hacer el menor daño á una mosca, no tenía más defecto que una afición decidida por la lectura de novelas, y como tenía la facilidad de encontrarlas á mano en la biblioteca de su padre, se hartaba de leer, hasta el punto de que su carácter se hizo soñador, y tomó un tinte romántico que á ella le parecía del mejor gusto, y sin embargo, estaba bien cerca del ridículo. Algunas veces su hermana María trataba de disuadirla de su monomanía, y



procuraba borrar las extravagantes ideas que en el alma cándida de Laura engendraban aquellas *interesantes* lecturas; pero como Laura se solía disgustar por esto, la dejaba con su tema por evitar cuestiones.

Una tarde estaban bordando en su mirador que dominaba el camino, y Laura permanecía grandes ratos abstraída y con la mirada fija; por fin María se decidió á averiguar qué nueva tontería preocupaba á

Laura, y le preguntó la causa de su estado.

—Si me ofreces no reírte como otras veces de lo que tú llamas mis sueños, te lo diré, advirtiéndote que ahora no se trata de figuraciones sino de un hecho. Esto dijo Laura de un modo tan misterioso, que escitada la curiosidad de María la respondió:

—No temas que me burle. Dí, pues, ese *hecho*, que á los hechos hay que mirarlos con la mayor formalidad.



El jóven misterioso.

—Pues bien, hace ocho días, cuando caía la tarde, estaba yo apoyada en la balaustrada de este mirador, contemplando tristemente cómo el sol se hundía en el ocaso, cuando percibí á lo lejos el rodar de un coche.

—¿Un coche ó un carro?

—Un coche.

—Es extraño en este pueblo.

—Todo lo que voy á contarte es bien extraño.

—Prosigue.

—Se fué acercando el ruido, y ya pude

distinguir una elegante carretela, ¡en la que venía un jóven!

—¿Estás segura?

—Lo ví con mis propios ojos. La carretela venía sumamente de prisa, y al pasar por debajo de mis miradas, se quitó el sombrero el jóven, y haciéndome un gracioso saludo, me dijo:

—¡Ah! ¿con que te habló?

—Me dijo: «No puedo detenerme, dentro de ocho días vuelvo,» y siguió á escape el carruaje, que se perdió de vista tras de los últimos álamos del camino.



—Laura, hermana mia, ¿estás segura de no haber soñado eso que dices?

—Segurísima, y espero que hoy que cumple el plazo vuelva, y...

—De modo que, según tu modo de ver, dentro de breves momentos, pues que no falta mucho para anoecer, se presentará el incógnito caballero.

—Me lo dice el corazón.

—¡El corazón y todo! ¡Mire V. qué cosas dicen á lo mejor los corazones...!

—Ya sabía yo que tomarías á broma mis palabras.

—Pero, hija de mi alma, si dices unas cosas...

—Que son verdad.

—Sí serán.

—¡No serán... son!

—Como quieras; pero mira, todo se puede arreglar á gusto de las dos: tú síguelas creyendo, que yo las seguiré...

—Dudando, ¿verdad? Pues bien, cuando...

¡Ah! María, María, mira allí, aquella polvareda, ¿ves?

—Sí, ¡algun carro!

—Un carro no puede levantar ese polvo.

—Tienes razón; no sé lo que será.

—Yo sí.

—¿El caballero de la carretela?

—¡Es él! es él...

Miró María, y vió efectivamente que se acercaba una carretela con un jóven dentro, y dijo á su hermana:

—Voy creyendo que tienes razón, y me maravilla tanto el suceso, que con tu permiso pienso presenciar la escena *entre bastidores*, colocándome en la parte de adentro del mirador.

Laura se apoyó sobre la balaustrada, adoptando una sentimental y estudiada actitud, y el carruaje se fué acercando.

Al llegar debajo del balcón, se apeó el lacayo y sujetó del diestro al caballo.

El jóven se levantó de su asiento, y de pie en el coche, saludó.

En aquel momento millares de ideas se agolparon á la soñadora imaginación de Laura. ¿Quién sería aquel hombre que de tan extraña manera se presentaba? ¿No sería uno de esos duques ó príncipes que viajando de incógnito se habría prendado de su hermosura, y vendría á *rendir un corazón á sus plantas*...?

¿Qué frases la iba á decir! ¿Qué de lisonjas! ¿Qué de poéticas comparaciones!

Por fin el jóven habló.

—Señorita, la dijo, cuando hace ocho días pasé por aquí iba únicamente al pueblo de B. á tomar el tren, pues no había pensado detenerme en este punto por no creer que hallaría una persona tan distinguida como usted. Mis negocios se hubieran perjudicado si alteraba mi itinerario, y perdía el tren de aquella noche, y por eso no me detuve, pero hoy puedo hacerlo.

Aquí tiene V., señorita, la verdadera *crema de Persia* para blanquear el cutis, el *Manto de la Noche del Brasil* para ocultar las canas, *La plancha legítima de Chipre* con sávia de castaña indígena. Un completo surtido en artículos de tocador, peines, crepé, añadidos, tirabuzones, sortijillas, pelucas, etc....

Laura, encarnada como la grana y casi llorando, se retiró del mirador.

¿Qué desencanto! Aquel soñado príncipe misterioso era ni ménos ni más que un corredor de perfumería que le ofrecía remedios para defectos y fealdades.

María comprendió que era suficiente el desengaño, y no quiso aumentar el pesar de su hermana con nuevas bromitas sobre el particular.

Laura, desde este día, fué cambiando poco á poco, hasta reformar con la madurez de la edad su extraño carácter, y nunca olvidó la extraña aventura, que con todo lo desagradable que fué para sus ilusiones, fué el origen de su enmienda en un defecto que es por demás ridículo.

C.

## CUENTOS MORALES ALEMANES

### EL NIÑO MENDIGO

Continuación (1).

Enrique se dirigió corriendo á su casa, llevando en una mano el dinero que había recibido, y en la otra la hoja de papel que había guardado; era una hoja impresa.

«Ya tengo aquí que leer,» se dijo con una secreta alegría, y agitó la hoja en el aire como una bandera.

El padre estaba ya allí cuando Enrique

(1) Véase la pág. 62.



llegó á su casa; le entregó en seguida el dinero que habia recibido de la señora, lo que le dispuso favorablemente respecto del muchacho. El padre le pasó la mano por la cara, segun su manera habitual de acariciar, cada vez que el sentimiento paternal vencía por un momento su indiferencia. Algunos momentos despues ya se habia tendido en su cama, donde dormía hasta la hora de ir á trabajar.

Durante este tiempo Enrique dobló el papel, puso por órden correlativo las páginas, y comenzó á leer lo siguiente:

«Enrique, en su infancia, era débil y delicado; pero se desarrolló bien pronto. No tenia aún seis años cuando murió su padre, y no le quedó más que una dulce y buena madre, una hermanita y un hermano pequeño. Su fortuna era muy exígua. Una buena y fiel criada ayudaba á la madre á criar penosamente sus hijos. El padre habia llamado en su lecho de muerte á la criada, y la habia dicho:—«Por el amor de Dios, no abandones á mi mujer; si yo muero es perdida, y mis hijos tendrán que pasar á manos extrañas, muy duras tal vez.» Ella respondió: «No abandonaré á la señora, señor doctor; y si V. muere, yo permaneceré á su lado todo el tiempo que me necesite.» Esta promesa consoló al padre moribundo; brillaron sus ojos, y murió llevando este consuelo. La criada ha cumplido su palabra, y ha estado en casa de la madre hasta que murió ésta.»

Enrique suspendió por un momento su lectura. Este relato, que comenzaba por su propio nombre, habia desde el principio cautivado su atencion. La bondad del corazon de la criada habia hecho que se agolparan las lágrimas á sus ojos, y se decia:—«Yo tambien entraré algun dia al servicio de alguien, y le serviré tan fielmente como ella.»

Despues continuó:

«La madre era una excelente mujer, que hacia todo lo posible por educar bien á sus hijos, y encontraba en la criada Babet un poderoso auxilio. Si los niños querian poner los piés en la calle ó ir á alguna parte donde nada tenian que hacer, Babet les detenía. «¿Para qué, les decia, quereis gastar inútilmente vuestros trajes y vuestros zapatos? ¡Mirad cuántas privaciones se im-

ne vuestra madre para educaros! ¡No va nunca á ninguna parte, y un ochavo que sea lo ahorra para emplearlo todo en vuestra educacion!

La más estricta economía reinaba en la casa, y buena falta hacia. Para comprar fruta ó legumbres se iba tres ó cuatro veces á la plaza, y espiaba el momento en que los vendedores cansados iban á retirarse del puesto.

Los niños tenian trajes decentes los domingos, pero no podian estar con ellos todo el dia, y les hacían desnudarse al volver para que les durasen más tiempo. Mas con todo esto, faltaba siempre al jóven Enrique la direccion enérgica y prudente de su padre.»

Al llegar aquí habia en la hoja una mancha negra que hacia varias líneas ilegibles. Enrique quedó muy contrariado, é hizo todos los esfuerzos posibles para adivinar lo que habia debajo; pero no pudo lograrlo. Pasó adelante, y leyó algunas líneas que se encontraban circunscritas por la mancha.

«Enrique era poco previsor, indolente y de una negligencia extraordinaria. Era preciso siempre advertirle para que se atase los zapatos, se sonase, etc.; mordía constantemente las puntas de la corbata; pero este niño singular se abandonaba en secreto, hasta el punto de su mayor distraccion, á ensueños extraños, de los que su madre ni Babet se apercebían.»

(Se continuará.)

C. L. DE C.

## SECCION DE LABORES

### DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 72.

- Núm. 1.—Letra para pañuelo bordada á plumetis y punto de armas.
- Núm. 2.—Ramo para bordar á litografía.
- Núm. 3.—Enlace de letras para marcas, bordadas en blanco.
- Núm. 4.—Escudo para id.
- Núm. 5.—Alfabeto de gran novedad para id.
- Núm. 6.—Continuacion del alfabeto para marcas de niños, que empezó en la pág. 8.
- Núm. 7.—Ramos y letras fáciles para ensayo de bordado.

Solucion de la charada del núm. 56:

ZAMORANO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.



